COLECCIÓN HISPANIOLA, 56

DEMOLICIÓN

© Dolores Payás, 2025
Autora representada por la agencia literaria La Caprichosa.
© De la fotografía original de la cubierta, Dolores Payás.

© De esta edición, Editorial Confluencias, 2025
www.editorialconfluencias.com

Maquetación: Rodrigo Sepúlveda Cebrián
Impreso en España

ISBN: 979-13-991021-2-3
Depósito legal: AL 6262-2025

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización estricta de los titulares del Copyright, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático y la distribución de ejemplares mediante alquiler y préstamos públicos.

DOLORES PAYÁS

DEMOLICIÓN

CONFLUENCIAS
EDITORIAL

Poetry isn't a kind of paint-spray you use to cover selected objects with. A good poem about failure is a success.

Philip Larkin

A mis seis hermanas

A mi único hermano

Amputación

Bess Tyrrell cortó con Lorenzo Blanch el 11 de septiembre del año 2021. Una escena escueta. Se limitó a comunicarle la aparición de otro rostro en su vida. Verdad a medias. Obviaba decirle que el nuevo amor era fruto del voluntarismo, la vía de escape a una situación insostenible. Once años intentando descifrar al hombre que tenía a su lado, quebrar su hermetismo, abrir una rendija por la que atisbar algo de su vida interior. Once años batallando por rescatarle del insomnio crónico (igual que decir de sí mismo). Estaba exhausta, drenada.

Para desterrar una emoción profunda es aconsejable promover otra equidistante. Bess cogió una linterna y salió a la caza de un varón (útil). Sin remilgos o demasiadas exigencias, una emergencia es una emergencia. En cuanto lo encontró se dio a la tarea de edificar una pasión irrefrenable por él. Calculada. Varias semanas de labor tozuda e intensiva. Hasta que consiguió escuchar *I love you* sin que le chirriaran los tímpanos, y decir *I love you* sin sentir arañazos en el

esófago. Solo entonces, blindada con el escudo protector del nuevo amor, se enfrentó a Lorenzo.

—Me he enamorado de otro. Te dejo.

Telegráfico. Ni una nota suplementaria, nada que diera pie a discusiones vanas. Un amor recién estrenado es dogma de fe, no se puede rebatir con argumentos. De todos modos, y en el último momento, añadió nombre y profesión del agraciado. Por motivos de seguridad, de credibilidad.

—Douglas Nicholson. Pintor. De bodegones. Adiós, buena suerte.

Y Lorenzo Blanch quedó solo frente al espejo.

I

Mortificación

Últimamente duermo mejor. Mejor dicho, duermo. El truco es simple y de aplicación trifásica. Uno, me meto en la cama. Dos, apago la luz. Tres, pienso que voy a morir en cualquier momento.

Dormir o no dormir, de corrido, a trompicones. El asunto no preocupó mucho a nuestros ancestros, de ahí que en los tiempos de la inocencia al insomnio se le llamara *no pegar ojo*, expresión tirando a simpática. Hoy es una patología amenazadora titulada «desórdenes del sueño». Conduce a la demencia prematura y a un montón de males, ninguno de los cuales incluye la somnolencia entre sus síntomas. Me tomo lo último como un agravio personal.

No soy buen hijo de mi época, aunque algunas veces me haya sometido a sus protocolos. He visitado a psiquiatras y neurólogos de varias tendencias y escuelas, dotados de mayor o menor clarividencia. El coro entero coincide en un único estribillo: *convoque pensamientos positivos cuando se acueste*. Ideas optimistas, paisajes

agradables, regurgitan todos a una. Obedezco. Me tumbo en la cama, imagino una muerte inminente, el sueño eterno como horizonte esperanzador. Si esto no es un pensamiento positivo...

Hoy hace un año justo. ¿Por qué elegiste un 11 de septiembre?, ¿de entre todos los días posibles? Sospecho que fue una pequeña revancha, aunque sin saña, rozando el humor involuntario, nunca lograste ser malvada, Bess querida, no en el sentido genuino de la palabra. Pero yo había olvidado la fecha exacta de nuestro primer encuentro cuando tú recordabas hasta el color de las bragas que te arranqué esa noche. Y decidiste tatuarme la efeméride del adiós en la mollera, aunque solo fuera por una mera asociación de hitos. Banderas catalanas ondeando al viento, el avión perforando la torre, tú dando el portazo.

Te intimidaban mis silencios, decías. Sin embargo, yo tenía la impresión de que nuestra conversación fue incesante y duró lo que nosotros: once años. Y un pico, pues empecé a hablar contigo semanas antes de que tú acusaras mi existencia. Espejismos de la subjetividad. Siendo honesto, admito que me comunicaba contigo sin exhalar demasiados fonemas. ¿Acaso las almas cercanas no se comprenden sin palabras? Y el buen amante, ¿no es, o debería ser, el centinela infatigable que protege y guarda nuestra soledad? Ideas cándidas, supongo. Las parió Rilke y a ti los poetas ni fu ni fa. Demasiado enfrascados en sus ombligos, para eso ya me tenías a mí.

Bien. Me he rehabilitado. Ahora hablo en voz alta y sin parar. Una emisora de radio con *ranking* de

audiencia seguro, no voy a fallarme a mí mismo. El responsable de la mejoría es un psiquiatra de Nueva York. Un periódico de hoy le dedica una entrevista de cuatro páginas en la que su eminencia recomienda encarecidamente charlar a solas. Asegura que departir con uno mismo no solo no es signo de locura sino de la máxima cordura, una manera de reafirmar la propia existencia y autoestima. Y de preservar el cerebro, porque también en la intimidad hay que largar el menor número de tonterías posible. El añadido final es mío y un argumento definitivo. He pagado el café, enrollado mis periódicos del día, salido a la calle. Caía un chaparrón y esta vez no me lo he callado. Llevo más años viviendo en Sheffield que en la plana de Vic, el desfogue me ha salido en inglés. *It rains cats and dogs*, he proclamado sin empacho. *Indeed!*, ha ratificado de inmediato una voz entusiasta a mis espaldas, con lo que me ha tocado frenar en seco y debatir sobre el clima —tema dilecto de los británicos— con un perfecto desconocido. Cuando he conseguido zafarme de él he retomado mi camino, pero calladito, ya veo que el asunto se presta a malentendidos. No sé si el psiquiatra pondera el alcance de su receta. Yo sí. Visualizo a toda Nueva York hablando sola y a todos los neoyorkinos contestando a los que hablan solos además de hablando consigo mismos. El cuadro tiene un toque bíblico, babélico. *Very catching*.

Cierro la puerta del piso arropado por mi propia voz. Celestial. Estas terapias gringas son de una puerilidad edificante. Dejo los periódicos de hoy en el salón, hay otros, pilas prolijas de ellos. ¿Por qué conservo tanto papel impreso con las tintas de la desdicha?

¿Por qué me empeño en saber lo que sucede en el mundo? El porqué, el cuándo, el cómo.

Para rabiar mejor (sí, Caperucita). Hay que alimentar el malestar, no bajar la guardia. A veces leo o escucho que alguien fue un visionario, un adelantado a su tiempo. También yo voy desfasado, aunque en sentido contrario a las agujas del reloj. Estoy por cumplir los cuarenta y seis, en términos modernos no paso de veinteañero (por aquello de que los cuarenta son los veinte de hoy), y ya me veo ampliamente desbordado por mi época. Vivo sitiado. No soy el único ni una excepción, pero mis semejantes parecen sobrellevar mejor el asedio. Yo subsisto en un permanente estado de náusea y terror. Cercado por hambrunas, sequía pertinaz, sufrimiento, sordidez, más varias guerras demenciales que se arrastran, interminables. El inicio de algunas se pierde en la noche de la historia. Otras, ni se sabe con exactitud por qué han estallado y quién las lidera, lo único inteligible y aplicable a todas es que los fabricantes de armas —abrumadora mayoría occidental, bendecida por gobiernos democráticos— se están forrando. Y nos juran que nosotros somos los buenos y estamos en el lado correcto de la historia. Hay que ser algo más que asno para creérselo. Toneladas de bombas con nuestra firma impresa caen sobre diversas partes de la tierra provocando desbandadas tremendas (la gente tiende a huir cuando se la bombardea). Luego damos con la puerta en las narices a estos desgraciados, les racaneamos la entrada, toleramos que se pudran en tumbas líquidas o les empaquetamos hacia las Quimbambas (menuda jeta la de

los ingleses, han dejado un reguero de conflictos allí por donde han pisado). Oh, sí. El personal es de natural bondadoso. Siempre hay una primera oleada de piedad, emociones a flor de piel exhibidas *urbi et orbi*. Unas semanitas de ciudadanos conmovidos, llorando en los andenes, aplaudiendo la llegada de los desposeídos de la tierra. Familias bien intencionadas acogiendo a refugiados y luego, debilitado el primer impulso solidario, sin saber qué hacer con ellos porque pasan los años, sus hogares siguen siendo pasto de llamas y nuestros dirigentes no tienen clarividencia, ni ética ni coraje ni nobleza para resolver nada. El sistema es sinuosamente perverso, legitima a los traficantes de la muerte y deja el ejercicio de la compasión en manos de la población civil y las ONG. Pero la compasión también requiere dinero y eficiencia, además de sentimientos, de otro modo se agota. Una cantidad equivalente a la calderilla de los beneficios que genera la industria armamentística va a parar a los programas «oficiales» de ayuda a los refugiados. Por supuesto. Es lo correcto, faltaría más, nos define la excelencia en Hipocresía. Y, entretanto, la prensa despista con narraciones llenas de colorido humano que solo generan angustia porque no hacen más que subrayar la impotencia ciudadana. Y no hay medio de comunicación importante capaz de lanzar a toda plana la ecuación que define la esencia del problema: a más producción de armamento, más refugiados. Ataquemos el asunto a fondo, vayamos a por estadísticas, cifras, subvenciones, beneficios, patrimonios personales. Hasta un niño es capaz de ver la causalidad de esto. Al parecer,

el negocio de las armas no es lo suficientemente vistoso como para merecer atención profunda, en serio. Resulta menos árido, y mucho más popular, dar prioridad a las anécdotas lacrimógenas.

En definitiva, somos una fauna con un currículo impresentable. Una serie encadenada de genocidios y salvajadas apenas redimidos por algunas creaciones en materia de arte. Y habría mucho que decir respecto a lo de la «redención», porque el arte es una proyección de nuestras mentes, fuera del hombre no existe. La sangre y las vísceras, los aullidos de dolor, en cambio, son reales. Tuvimos un siglo XX de lo más entretenido: dos conflagraciones mundiales devastadoras, millones de muertos. Aún no hemos conseguido superar el récord, démonos tiempo, recién estamos en el primer cuarto del XXI. El presente suele contener los gérmenes del futuro y en este presente nos caben ya dos certezas. Una, que el planeta agoniza y, salvo milagro inmediato, la situación es irreversible. Dos, que el siglo actual cultiva un prodigio cuyos efectos —a corto, medio y largo plazo— harán palidecer todas las catástrofes humanas vividas hasta el momento. Echadme a los perros, hablo de internet. El juguete nos ha transformado en cretinos y narcisistas sin alma. Partiendo de estas premisas cualquier barbaridad no solo es posible sino más que factible. La ignorancia, la frivolidad y la mala leche han existido siempre, pero hasta hace poco se hallaban confinadas en sus propios espacios naturales. Hoy se propagan a la velocidad de la luz, infectan las escuelas, la vida familiar, la prensa, el ocio y las televisiones. Jamás, en la historia

de la humanidad, se había dado una amplificación de la crueldad y la idiotez (en el sentido original —griego— de la palabra: desprecio por la vida pública y el bien colectivo) como la que estamos viviendo ahora. Una marea arrasadora. Entre otras razones porque los majaderos poseen un instinto certero para dar *ipso facto* con otros majaderos. Ponlos en un foro cualquiera y en dos minutos estarán jaleándose los unos a los otros, se reconocen y unen de inmediato para hacer frente a un enemigo común: la inteligencia. Tampoco es que la conjura de la estulticia contra la lucidez mental sea un inédito, la novedad del día es que internet ofrece a los majaderos un ecosistema perfecto para que se reproduzcan y pueblen la tierra. Libertad de expresión sin asunción de responsabilidades, megafonía gratis, anonimato garantizado. Y con recochineo añadido, porque en estos tiempos en que campa a sus anchas la más absoluta desconsideración hacia los semejantes ha hecho entrada en escena un tótem llamado «hipersensibilidad». Descacharrante. Hace poco visité un museo y a la hora de ir al baño no supe qué puerta empujar, tantas eran las alternativas —en materia de géneros— posibles. Ni siquiera las recuerdo. En el trabajo recibo emails en los que tras la firma aparecen puntualizaciones de advertencia como *He/him/his* (si el escriba se identifica como varón a todos los efectos), *She/her/hers* (si se identifica como hembra a todos los efectos), *They/them/their* (si no se identifica como varón ni como hembra, supongo que a ningún efecto). Y ni se te ocurra lanzar la carcajada porque en cuatro segundos habrás conseguido ultrajar

a unos cuantos colectivos. Luego la cosa se hará viral en otros cuatro segundos, te «cancelarán» en dos más, y con un poco de suerte acabarás linchado como en los buenos tiempos del Far West. Caminamos por terreno minado y hay que pisar con gran cautela, no sea que incordiemos a algún grupo sin querer. No angustiarse demasiado con lo del «sin querer», pues el mismo problema contiene la solución que nos evitará meteduras de pata involuntarias. Pasa por hacer inventario exhaustivo, y catalogación, también exhaustiva, de todos los grupos y subgrupos humanos —más alguno animal— susceptibles de sentirse ofendidos. En ello estamos: creando nuevas categorías, infinitas categorías, categorías *ad libitum*... Habrá quien considere que el fenómeno, efecto colateral de la «hipersensibilidad», es un gran salto evolutivo y nos hace mejores. Lo pongo en duda. Más bien parece expresión del nuevo autoritarismo que impera. *Control* es la palabra clave, porque una vez creadas las categorías también hay que regularlas, establecer las interacciones entre ellas, legislar en consecuencia, organizar la burocracia adecuada, etcétera... Pronto vamos a necesitar un Ministerio Universal —sede en Ginebra— con miles de funcionarios dedicados a tiempo completo a gestionar sensibilidades y delicadezas. La famosa «Oficina del Circunloquio» de Dickens se quedará chiquita al lado de este nuevo engendro.

Minucias a un lado, si nos contempláramos desde otra galaxia, con mirada desapasionada y estrictamente darwinista, quizás acabáramos por concluir que nuestra especie ha resultado ser demasiado exitosa.